Año I. Barcelona, 17 de Junio de 1900. Núm. 6.

Luz y Union

REVISTA ESPIRITISTA

Organo Oficial de la «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña»

Se publica los días 10, 17, 24 y último de cada mes

EDICIÓN ORDINARIA

Nacer, morir, volver á nacer y progresar siempre. Tal es la ley.

No hay efecto sin causa.—Todo efecto inteligente tiene una causa *inteligente*.—La potencia de la causa inteligente está en razón de la magnitud del efecto.—*Allán Kardec.*

Hacia Dios por el Amor y por la Ciencia.
(Lema fundamental del Espiritismo.)

Sin caridad no hay salvación.—*Kardec.*

Amaos los unos á los otros.—*Jesús.*

Ni la existencia, ni el trabajo, ni el dolor terminan donde empieza un sepulcro.—*Marietta.*

SUMARIO

FIESTAS FRATERNALES

En los días 3 y 4 de los corrientes tuvieron lugar, como previamente anunciamos, las Fiestas Fraternales, que insiguiendo la costumbre de años anteriores, organizó la Comisión Directiva de la «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña», secundada por el Grupo «El Altruismo», de Badalona y el «Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos.»

Las esperanzas que estas Fiestas nos habían hecho concebir quedaron completamente realizadas. Tanto la sesión de recepción como el banquete, y lo mismo la Asamblea que la velada que se celebró en el Centro Barcelonés, respondieron perfectamente á lo que se propusieron sus organizadores y á lo que esperaban los delegados y visitantes que nos honraron con su presencia.

Con fiestas como las que nos ocupan se fomenta entre los espiritistas la franqueza y la confianza que debe reinar entre los que militan en las mismas filas y comulgan en la misma ara. Por eso desearíamos que el ejemplo de los espiritistas catalanes fuese imitado por los correligionarios de otras regiones. Porque si de larga fecha soñamos con una fraternidad ejemplar que practique el lema de *«todos para cada uno y cada uno para todos»*, tengamos bien entendido que esa aspiración generosa no llegará jamás á ser una realidad si antes no realizamos ensayos en pequeño; primero en nuestros Centros, luego entre las Sociedades de una región, para seguir entre las de las diferentes regiones de una nación y terminar confraternizado todas las colectividades ó individualidades espiritistas del orbe entero.

A conseguir ese fin tiende la «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña»; por eso ha instituido sus «Fiestas fraternales», admite en su seno entidades adherentes de cualquier región ó nacionalidad que sea, y ha acordado en la Asamblea de este año fundar la Unión Espiritista Kardeciana Española, cuyo pensamiento quedará convertido indudablemente en hermosa realidad en la próxima Asamblea de representantes.

A esta Asamblea se convocará á todas las entidades efectivas ó adherentes que durante el presente año compongan la «Unión»

y todas tendrán derecho de presentar anteproyectos para la constitución de la Unión Española, hasta fines del presente año. El 31 de Diciembre la Comisión Directiva se hará cargo de los anteproyectos presentados, nombrará una ponencia y ésta formará un proyecto definitivo, después de haber estudiado los que se hayan propuesto. Cuando la ponencia haya dado la última mano á su obra se convocará la Asamblea que deberá sancionarla, debiendo designar la fecha y lugar en que ha de celebrarse las entidades federadas.

Entre otros interesantes acuerdos adoptados por la última Asamblea figura el de tomar parte en el *Congreso Espiritista y Espiritualista,* de París, remitiendo al efecto una Memoria en la que se pide la proclamación como *principio fundamental de la Moral y deber de todo espiritista, la "Adoración al Padre en Espíritu y en Verdad"*, conclusión sancionada también por esta Asamblea.

Para representar en el futuro Congreso de París á la «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña», se nombraron á los señores Jacinto Esteva, Angel Aguarod y Eduardo Estapá. Costeándose los gastos podrán agregarse á dicha delegación cuantos federados vayan á Paris por los días del Congreso.

Finalmente, quedó constituida la Comisión Directiva por los señores Jacinto Esteva, presidente; Santiago Durán, tesorero, y Eduardo Pascual, secretario. Para constituir la Comisión suplente fueron elegidos doña Amalia Domingo Soler, don Feliciano Oliveras y don Angel Aguarod.

Se acordó también en la Asamblea abrir una suscripción en LUZ Y UNIÓN para atender á los gastos que origine la delegación nombrada que ha de ir á París y para contribuir con alguna cantidad á los gastos generales del Congreso.

Esta suscripción ha sido abierta en el número 5 de esta Revista (edición extraordinaria) correspondiente al 10 de este mes. Para mayor conocimiento de lo que fueron las «Fiestas de la Unión» remitimos á nuestros lectores á dicho número, en el que se reseñan con alguna extensión.

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE

I

Era un hombre arrogante,
de tez morena,
con unos ojos negros
como las penas.
Con una boca,
que sin hablar pedía
con ansia loca.
Con su voz juguetona,
timbrada, fresca,
y su amable sonrisa
tan picaresca,
al contemplarle,
la más indiferente
tenía que amarle.
Tenorio con fortuna,
do quier que iba,
la mujer que él miraba
ya era cautiva
de sus lisonjas:
desde las meretrices
hasta las monjas.
No respetó cercado
ni hogar ageno;
y gozoso decía:
«¡Vivir es bueno!
Desde la cuna
fuí ya el niño mimado
de la fortuna.»
«No envidio la riqueza
de los magnates,
ni la gloria que alcanzan
sabios y vates.
Que mis placeres,
están en los halagos
de las mujeres.»
«Y de éstas tengo tantas!...
(todo un serrallo),
¡qué agradable es la vida!
feliz me hallo.
Porque á porfía,
me brindan con la copa
de la ambrosía.»
«El nectar de los dioses,
savia preciosa
que al hombre le da sueños
color de rosa.
¡Río de placeres!...
¡quién se acuerda en tus aguas
de los deberes!...»
«Yo, sin duda inspirado
por el demonio,
á mi cuello eché el yugo
del matrimonio.
Y á plazos fijos,
se fué mi hogar llenando
de hermosos hijos.»

«Es mi esposa muy buena,
pero me hastio;
mi hogar me causa tedio
por que ya es mío.
Solo el demonio
echó á mi cuello el yugo
del matrimonio.»
«¡Lazos indisolubles!
¡qué desatino!
yo los rompo á mi antojo
y ancho camino
busco afanoso;
dirán que soy mal padre
y peor esposo.»
«Pero á mí no me importan
murmuraciones,
si le doy rienda suelta
á mis pasiones;
quiero ir triunfante
en pos de mis deseos
siempre adelante.»

II

Los años han pasado,
las primaveras
esmaltaron de flores
verdes praderas.
Pero lo mismo
no le sucede á el hombre
con su organismo.
Antes por el contrario,
que languidece,
y si la vejez llega
momia parece.
Las primaveras
solo dejan sus flores
en las praderas.
Y aquel hombre arrogante,
de tez morena,
con unos ojos negros
como las penas,
perdió su brío;
y el Tenorio de antaño
tiembla hoy de frío.
Hace poco á mi puerta
llamaron quedo;
entró un hombre y me dijo:
«Ya ni andar puedo,
estoy perdido;
mis hijos y mi esposa
¡todos se han ido!...»
«Cuando necesitaba
de sus cuidados,
me encuentro ¡solo!... ¡solo!
¡abandonado!
¡Mi hogar vacío!...
cuando hoy ya me gustaba
¡por que era mío!»
Me causaron sus frases
horrible espanto,
pues de tanta arrogancia,
de aquel encanto
que un dia tuviera,
¿qué quedaba? ¡¡un semblante
de calavera!!
De aquellos grandes ojos
llenos de fuego,
cuyas miradas eran
de ardiente ruego,
solo han quedado
párpados sin pestañas
amoratados.
Con las manos cruzadas
sobre su pecho,
sin poder sostenerse
firme y derecho,
yo le miraba,
y el espanto más grande
me dominaba.
Vida alegre tuviste,
(dije con pena),
muerte triste te aguarda,
que la condena
todos sufrimos,
y hay que pagar gimiendo
donde caimos.
Se siguió lamentando
con amargura,
¡era tan desgraciado!...
su desventura
me conmovía;
pero ¡ay! ¡era tan justo
lo que sufría!
Su desgraciada esposa
le había querido
con delirante anhelo,
y habia vivido
esclavizada;
que para ella un infierno
fué su morada.
El dejó que su padre
fuese á un Asilo
y él gastando y triunfando
vivió tranquilo.
Y justo era
que el mal hijo sin nadie
también se viera.
Le ví marchar temblando
y sentí frío,
¡ay! qué muerte tan triste
tendrá ¡Dios mío!
(dije con pena);
¡qué terrible es el fallo
de su condena!...

III

«Muy terrible es por cierto,
(dice en mi oído
una voz de ultratumba)
él lo ha querido.

¡Desventurado!
recoge las espinas
de su pasado.»
«¡El fué tan inclemente!
¡tan absoluto!...
¡dió á su familia días
de tanto luto!
¡de tanto duelo!..
¡sembró para sus hijos
tal desconsuelo!...»
«Que la ley de la vida
justa y severa,
en él ha de cumplirse;
justo es que muera
abandonado,
más no le creas por esto
desheredado.»
«Hallará en el espacio
quien le consuele,
quien le guíe en sus pesares
y por él vele,
que no hay proscritos
en las inmensidades
del infinito.»
«Y su ultrajada esposa
de esta existencia,
será su tierna madre,
tendrá clemencia
del pequeñito,
que será muy deforme
el pobrecito.»
«Le llevará en sus brazos
con gran cariño;
¡será tan desgraciado
su pobre niño!
Sin movimiento,
tendrá del sordo-mudo
el cruel tormento.»
«¡Pero le querrá tanto!...
con desvarío
le estrechará en sus brazos
diciendo: ¡¡¡Es mío!!!
¡Cuánto me quiere!
sin hablar ya me dice
que me prefiere.»
«Hoy la esposa le deja
con harta pena;
más el fallo está dado
de su condena.
Y ella no sabe
donde de este misterio
se halla la clave.»
«Pero mañana *libre*
le irá buscando;
y mil y mil ternezas
atesorando,
su afán prolijo
será guardarlas todas
para su hijo.»
«¡Será tan buena madre!
¡tan cariñosa!
¡tan previsora en todo!...
¡tan amorosa!
¡Le querrá tanto!...
que para ella su hijo
será su encanto.»
«¿Ves como no está nadie
desheredado?
si hoy recoge los frutos
de su pecado,
un alma buena
compartirá mañana
con él su pena.»
«No es el castigo eterno,
dura sus días;
pero término tienen
las agonías,
y el cuerpo inerte
queda en ese reposo
llamado muerte.»
Y el espíritu libre
su vuelo tiende,
y según su adelanto
mira y aprende.
Y aunque le aterra
para seguir luchando
vuelve á la tierra.»
«Mucho más te dijera,
por que hay asunto
para hablar miles de años
punto tras punto,
en qué consiste
el tener *vida alegre*
y muerte triste.

IV

¡Qué profunda enseñanza se desprende
del relato que has hecho, buen amigo!
justo es que pague aquel que al caos desciende,
y fué de la virtud cruel enemigo.
Mas luego ¡cuánto amor! ¡cuánta clemencia!
¡cuánta misericordia, Dios bendito!...
la madre, convertida en Providencia,
dándole patria al infeliz proscrito.
¡Oh! ¡cuán grande es la historia de la vida!
de la piedad Suprema el bien emana;
trabajemos, la *tierra prometida*
está al alcance de la raza humana.

AMALIA DOMINGO SOLER.

LA ADULACION

Es la adulación la piedra de toque de las almas grandes.

¡Cuán pocas personas resisten á su influjo avasallador!

¡Nos es tan grata la lisonja agena!

¡Y qué razonables hallamos los elogios que se nos tributan!

Sin ellos las gentes fueran conjunto monstruoso de seres groseros, sin educación y exentos de espíritu de justicia.

Porque nada más justo, para nuestro romo entendimiento, que el que los demás reconozcan en nosotros relevantes cualidades físicas, intelectuales y morales, aún cuando no las poseamos.

¡Qué grosería negar hermosura, esbeltez, donaire y virtud á una mujer, por más que fuere contrahecha, fea, viciosa y careciere de toda cualidad recomendable!

¡Qué ignorancia más supina no reconocer en el orador, en el escritor, en el político, en el sociólogo, en cualquiera que en una ú otra forma consagra su actividad á la propaganda y defensa de ideales ó instituciones, una inteligencia despejada, una aptitud imponderable para el asunto que cultiva, una elocuencia que ni Cicerón, un estilo pulcro, sin tacha, un carácter inmejorable, una honradez acrisolada y una abnegación á toda prueba!

¡Qué estupidez no saber ver todo eso en nosotros cuando todos nos creemos eminencias!

¡Ay del osado que se atreva á cercenarnos ni un átomo de la gloria á que nos juzgamos acreedores! Todas nuestras iras se desencadenarán furiosas contra él. ¡Pues no es nada, ignorar nuestros méritos, nuestros servicios eminentes prestados á la causa del humano progreso!

¡Qué amables, qué bondadosos, qué fieles, qué buenos chicos son, por el contrario, los que nos halagan, miman, aplauden y colman de atenciones!

Y de esos hay un enjambre que rodean al rico y al poderoso con el fin exclusivo de obtener recompensas y mercedes; á la mujer, para encenegarla en el lodo; al orador, al escritor y al artista para merecer sus deferencias y favores y al propio tiempo (á veces sin saberlo) hundirle en el abismo de la presunción, de la vanidad y del orgullo.

Unos aduladores se arrastran, cual astuta serpiente, á los pies de sus víctimas, por especulación, por malicia ó por venganza; otros, para satisfacer sus deseos impuros; aquéllos por cortesía, pretendiendo con ello sentar plaza de bien educados; los de más allá, por costumbre, por instinto de imitación ó por ignorancia. A éstos hay que agregar los que, exentos de todo interés bastardo, por la prosperidad tan solo de una causa que consideran buena, con el fin de estimular y recompensar servicios, ponderan con exageración las cualidades, méritos y trabajos de los individuos que se dedican á propagarla ó implantarla en la sociedad.

Pero sean cuales fueren los móviles que impulsen al adulador para prodigar elogios excesivos á las personas de su predilección, lo cierto es que los resultados no pueden ser más funestos.

Si damos una ojeada al dilatado campo de la Historia y penetramos con nuestra razón filosófica en el fondo de sus más sangrientos y nefandos hechos, ¿no descubriremos en ellos la influencia que tuvo la adulación?

¿Cómo los grandes tiranos que han sembrado la desolación y el luto por la superficie de la tierra, que han robado honras y haciendas, que han reducido á la esclavitud á millares de seres humanos, que se han mofado de la honradez, que han hecho escarnio á la virtud; ¿cómo decimos, no habían de creerse con perfecto derecho á obrar de aquel modo, si cuantos les rodeaban les infundían alientos para persistir en su desenfrenada conducta, enalteciendo sus heroicidades, sus valentías, su justicia, bondad, ilustración y virtud? ¿Qué esfuerzos habían de hacer para modificar sus procedimientos, refrenando sus pasiones y corrigiendo su maldad instintiva, si cuantas voces llegaban á sus oidos, lo eran solo de aprobación; porque si por alguna excepcional circunstancia llegaban alguna vez á percibir los gritos de indignación de las víctimas ó de sus contrarios, los mismos aduladores se encargaban de sofocarlos con sangre, fuego ó destierro, presentándolos á la faz del tirano como envidiosos y ambiciosos vasallos, dignos, por su rebeldía, de tan ejemplar castigo? ¿No será, pues, la adulación, en vista de las ligeras insinuaciones que anteceden, ampliables al infinito, la principal instigadora en las catástrofes políticas y sociales de que están cuajadas las páginas de la Historia?

La adulación, que por su naturaleza, tiende á profundizar siempre más el abismo de la desigualdad, ¿no tendrá nada que ver en la persistencia de ésta en el seno de las sociedades humanas, infundiendo en los adulados sentimientos de separatividad y avivándoles el orgullo, la vanidad y la presunción? ¿Quién, viéndose adulado y oyendo ponderar sus méritos, al propio tiempo de observar la

ignorancia imperante, no ha de creerse superior á los demás y hasta de naturaleza distinta?

Y el político, el orador y el escritor, aún cuando hagan, digan ó escriban los mayores absurdos y disparates, siempre encuentran quien los elogie, aplauda y en letras de molde publique su nombre y pondere su habilidad, elocuencia, profundidad de concepto, saber y virtud, ¿cómo ha de corregir sus defectos si tantas manos baten palmas en su obsequio, si tantas voces cantan sus alabanzas, si son objeto de tantas loas y la prensa agota toda la fraseología encomiástica en ponderar las dotes poco comunes que le adornan?

Podrá objetárseme que si bien esas personas tienen sus partidarios que los defienden, no carecen de adversarios que los combaten, y que, oyendo á unos y á otros, pueden formarse concepto cabal de su justo valer. Esto sería cierto si fuésemos algo más perfectos, nos conociéramos lo suficiente á nosotros mismos y supiéramos distinguir; pero, por regla general, la venda que cubre nuestros ojos es tan acomodaticia, que, cual cristales de aumento, centuplica para nosotros la visión de nuestros méritos; porque nos parece siempre que quien nos elogia se queda corto, y los elogios nos privan de ver los defectos y faltas de que nuestros detractores nos acusan, olvidando aquel adagio que dice: *del enemigo el consejo;* á bien que este enemigo, en la mayor parte de las ocasiones, no puede contribuir mucho á que reconozcamos nuestras imperfecciones, porque en su afán de depreciar, no sabe colocarse en el justo medio, equiparándose en ello, en apreciación opuesta, al adulador, que en su pasión por ensalzar, se aparta también del medio justo. Y por aquello de que más pronto vemos la paja *en el ojo ajeno que la viga en el propio,* despreciamos en absoluto cuanto nos dicen los adversarios, por las inexactitudes de bulto que en sus apreciaciones observamos y nos atenemos, con el debido acrecentamiento, por supuesto, á lo que nos manifiestan nuestros lisonjeadores. Por lo que, unos y otros, aduladores y depresores, producen daños inmensos á las pobres víctimas en quienes se ceban para enaltecer ó deprimir, y á la sociedad en general, que la hacen respirar una atmósfera ficticia, no dejándola formar concepto exacto de las personas y cosas: de ahí los grandes desengaños, las decepciones repetidas que á diario se sufren; de ahí el que de la noche á la mañana veamos derrumbarse con el mayor estrépito reputaciones de universal reconocimiento, basadas, al parecer, sobre cimientos de granito; pero que en realidad lo eran nada más que en la movediza arena de la adulación; de la adulación, que cuando se ha convencido, si es interesada, que nada puede esperar de su ídolo, por haberle éste retirado su confianza, descendido en su posición ó por otras causas, se vuelve airada como huracán destructor contra el que había elevado á las alturas y le hace descender violentamente de su pedestal, con las armas del descrédito, de la difamación, de la calumnia y del ridículo, que sabe en ocasiones esgrimir á las mil maravillas; de la adulación, que cuando se prodiga por cortesía, por costumbre ó por hábito de imitación, siguiendo el ejemplo de los aduladores interesados, se ceba en el caído, convirtiéndose en piqueta demoledora de su reputación, sin conciencia de lo que hace, como no la tuvo cuando, puesto en las alturas, le quemaba incienso con sobrada lijereza; de la adulación, que cuando con escaso fundamento se formula, aún por motivos laudables, ha de rectificarse mañana, y cuando por prudencia y caridad no se convierte en recriminadora del que fué su niño mimado, cesa en la prodigación de sus loas y adoptando una conducta pasiva é indiferente, demuéstrase con ella la equivocación y decepción que se ha sufrido.

Míresela como se quiera, es siempre perjudicial la adulación: engendra y aviva, como hemos visto, la vanidad, el orgullo, la presunción y otros bajos sentimientos, hace persistir al individuo en sus procederes criminales, en la expansión de sus vicios y pasiones ruines, en sus malas artes, en sus errores y en sus extravagancias, y de cuyas consecuencias resultan males gravísimos que minan la tranquilidad, paz y sosiego de los individuos y los pueblos.

Ante esta perspectiva se impone un pacto tácito de hombres de recto criterio, sensatos y animados del espíritu de justicia, contra la adulación.

No hay necesidad de deprimir y ocultar los méritos reales que un individuo posee, sus buenas cualidades y demás circunstancias que avaloren su personalidad, para no ser adulador. Basta para ello el penetrar bien en el fondo de las

cosas y personas de quienes se quiera ocupar, bajo un punto de vista elevado y justo, y, proponiéndose un fin bueno, ir á él únicamente por las vías de la verdad, aderezadas por un amor puro, inmaculado. Entonces, conocedores de lo que queremos juzgar y mediante la rectitud de nuestras intenciones, juzgaremos con exactitud y acierto. Y cuando nuestros juicios no puedan emitirse en estas condiciones, abstengámonos de formularlos; pues vale más la pasividad en caso de duda, que faltar á la justicia, á la verdad, á la caridad y á la Ley divina, emitiendo nuestro parecer sin perfecto conocimiento ó movidos por la pasión, la envidia, el interés, la presunción, el deseo de captarnos las simpatías de las personas objeto de nuestras apreciaciones ó á impulsos de cualquier otro sentimiento poco sano.

La verdad y la caridad ante todo. Subordinemos á ellas nuestros actos y seremos justos y humanos. No nos hagamos responsables, adulando, de los males que este pernicioso defecto produce; porque son de tal índole, que á sus causantes les espera un porvenir triste y humillante: la Justicia divina es incorruptible, no puede evadirse su cumplimiento y para cada acto tiene su sanción adecuada.

Y si á nuestra vez somos objeto de lisonjas, si la adulación rastrera nos sale al encuentro y personas que poco pueden conocernos ponderan exageradamente nuestro talento, elevan hasta las nubes nuestro nombre y abultan el mérito de nuestras acciones, estemos prevenidos y rechacemos con dignidad tamaños atropellos á nuestra modestia, á nuestro desinterés y á nuestros más nobles sentimientos.

Que la hidra ponzoñosa de la adulación, al llamar á nuestra puerta, la halle herméticamente cerrada. Estemos apercibidos para que los guardianes de la vanidad, del orgullo y de la presunción, que nos acechan, aprovechando un momento de debilidad por nuestra parte, le dejen franca entrada en nuestro corazón. Esto nos perdería.

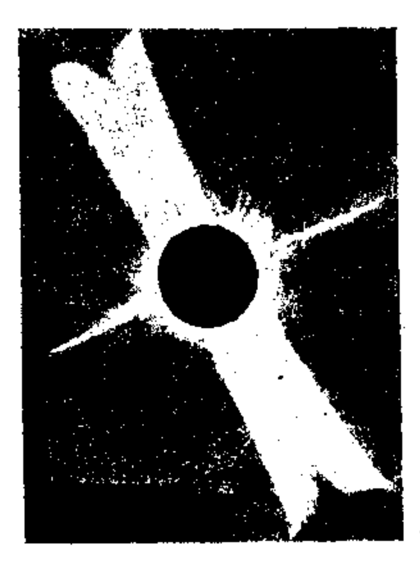
Para vencer á los elogios, á los aplausos, á las excesivas atenciones y á los mimos de que pudiéramos ser objeto, opongamos glacial indiferencia. Sea el sentimiento del deber, el amor al progreso, á la verdad, á la justicia y á nuestros semejantes, el solo móvil de nuestros actos. Ejecutemos éstos sin jactancia, con sencillez, humildad y modestia, importándonos un comino el no merecer la aprobación general, mientras nos la otorgue nuestra conciencia de acuerdo con la razón. Todos los aplausos agenos no aumentarán en lo más mínimo nuestro valer, ni la censura de todos los hombres, si no es justa, no mermará ni un átomo nuestro mérito real.

Resistamos con energía las asechanzas del demonio de la adulación y templaremos nuestra alma, haciéndola fuerte para vencer en furibunda lucha á los numerosos enemigos que quisieran retenerla en los antros del error y del vicio.

ANGEL AGUAROD.

Eclipse solar de 28 de Mayo

(En Elche)



LOS MARTIRES

Han merecido el honroso calificativo cuantos han sacrificado algo en favor de la santa causa del Progreso y de la Emancipación. Interminable resultaría la lista para quien intentara, cosa difícil ya que no imposible, poner á la pública evidencia á tanta víctima atropellada por la ambición y sed de dominio. Océanos se formarían con la sangre derramada á torrentes por los enemigos de la luz.

Cuando el pensamiento se abisma y recorre el camino espinoso recorrido en la corta etapa de veinte siglos, se le aparece la sublime figura de Jesús, que parece un símbolo en esta época, egoísta

por excelencia. Aquella abnegación que resistió todos los atropellos con estoicismo admirable, sin rebajamiento en la dignidad del apóstol, no encuentra por desgracia émulos entre nosotros. Este triste dato dá, si cabe, más relieve al cuadro del Gólgota y coloca en sitio más visible nuestra pequeñez.

La Ciencia y la Libertad han tenido muchos y leales defensores. A su santo influjo se ha disipado la espesa bruma en que vegetaron muchas generaciones, faltadas del alimento que dá luz á la razón á la par que procura el desarrollo de las facultades embrionarias que radican en lo más íntimo de nuestro ser.

Cierto que ha habido mártires forzados, que muchos, los más, no han tenido el valor que sublimiza y es coronación de una existencia toda entera dedicada á la conquista de una verdad ó á la cauterización de algunas de las llagas sociales, pero eso, según nuestro humilde entender, no es óbice para que neguemos un recuerdo cariñoso al desgraciado, por más que guardemos la admiración que nos inspiran el sentimiento puro y el sacrificio expontáneo, para el redentor.

El fuego nunca mató la Idea, el instrumento que representa la crueldad humana llevada hasta el último extremo de refinamiento, puede ensañarse con lo que pertenece á un mundo que, según la gráfica expresión del poeta, es un sueño, que se disipa así que amanece en el horizonte espiritual la aurora de un nuevo dia repleto de dicha si la abnegación ha sabido ahogar el bramido de las pasiones humanas, pero nunca pudo ni podrá cebarse con lo que es intangible porque es inmortal y pertenece al mundo de la realidad á que debió aludir el poeta.

Dediquemos un recuerdo á todos los mártires. Procuremos imitar el ejemplo de los más abnegados. Hagamos porque desaparezcan de la Tierra los medios que improvisan mártires.

José Costa y Pomés.

La moral de Sócrates (1)

La templanza

«La templanza, dice Sócrates, no es otra cosa que cierto orden, un freno que pone á sus placeres y pasiones. Y el orden sólo puede ser establecido por el que tiene las cosas en su mano, es el amo y las gobierna según la razón, otorgando á los deseos necesarios el lugar que les compete y desterrando á los supérfluos que, lejos de volverle mejor, sólo reportan males. La templanza es, pues, la regla que se impone por respeto y dignidad del alma, es el imperio de la parte superior sobre la inferior. Ella parece ser, para Sócrates, la salud perfecta del alma.

»La virtud, dice, consiste en satisfacer los deseos que, una vez satisfechos, vuelven al hombre mejor, y en no conceder nada á los que le vuelven peor.»

Los deseos supérfluos se apoderan de la ciudadela del alma cuando se aperciben que está vacía de ciencia, de hábitos laudables y máximas verdaderas, que son la guardia más segura y la más fiel de la razón del hombre. Los juicios falsos y presuntuosos con las opiniones vanas se agrupan y en tropel asaltan la fortaleza. Los deseos perniciosos alcanzan la victoria, y, tratando la vergüenza de imbecilidad, la echan ignominiosamente, destierran la templanza, después de haberla ultrajado, dándole el nombre de cobardía, y exterminan la moderación y frugalidad que tratan de rusticidad y bajeza. Después de haber vaciado y purgado el alma del desgraciado que ellos obsesan, y como si le iniciaran en los grandes misterios, introducen con un cortejo ricamente adornado y con la corona sobre las sienes, la insolencia, la anarquía, la osadía y el libertinaje, de los cuales hacen mil elogios, encubriéndolos bajo los más bellos nombres; la insolencia bajo el nombre de cortesía, la anarquía bajo el de libertad, la osadía bajo el de valor y el libertinaje bajo el de magnificencia. ¿No es así como un hombre acostumbrado desde la infancia á no satisfacer otros deseos que los necesarios, pasa al estado, digamos, de libertad ó de esclavitud, en cuyo estado se abandona á una porción de deseos supérfluos y perniciosos?

Lo que importa saber, es qué hay en cada uno de nosotros, hasta en los que parecen más dueños de sus pasiones, una especie de deseos crueles, brutales y sin freno.

La condición del hombre tiranizado por sus pasiones es la misma que la de un Estado oprimido por un tirano.

(República, tomo VIII.)

(1) De *La morale de Sócrates*, edición Francesa, por Veuve, Jules Favre.

Tip. de J. Torrents, Triunfo, 4, Barcelona (S. Martín)